

Karine  
Lambert

**ENCENDER DE NUEVO  
LAS ESTRELLAS**

Traducido del francés por Alicia Martorell Linares

Título original: *Eh bien dansons maintenant!*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

©2016, Éditions Jean-Claude Lattès, 2016  
© de la traducción: Alicia Martorell Linares, 2017  
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)  
Madrid, 2017  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-9104-633-2  
Depósito legal: M. 143-2017  
Printed in Spain

*Al primer amor, al último amor...*



«Por fin ha llegado el momento de  
encender de nuevo las estrellas».

GUILLAUME APOLLINAIRE



Se había decidido por el de caoba, con cuatro asas de cobre. El modelo 328: veintiocho milímetros de grosor, forro de raso, tratamiento antipollas, resistente a la humedad. «Inalterable», según el empleado de la funeraria. Protección total. Salvo del descanso eterno.

«Sírvese elegir, señora.»

Hacía tres días que esta frase resonaba en su cabeza como un martillazo. Decidir si quería un féretro cerrado o abierto, si la foto iría en blanco y negro o a todo color, si el *catering* serviría sándwiches o medianoches... Y además, ¿era absolutamente necesario envolver la corona mortuoria en una cinta blanca que proclamase «A mi adorado marido»?

«Sírvese elegir, señora.»

Menudita, con su traje sastre gris perla, perfecto para la ocasión, los labios pintados de un color discreto a juego con el colorete, mira fijamente la tumba. Digna e impecable, como le gustaba a Henri. Cincuenta y cinco años y diecisiete días de matrimonio.

El único hombre que había conocido, el único que la había visto desnuda. Quince mil despertares compartidos y, de repente, una mañana, el último. En su cama gemela, no había abierto los ojos. En la necrológica se podía leer: «Se fue como un suspiro, durante el sueño». A su hijo único, Frédéric, no le había gustado una esquela tan poco usual.

Era inconcebible pensar que estaba dentro de una caja que los enterradores meterían en el hoyo y cubrirían de tierra. A su alrededor, siluetas familiares: el doctor Dubois, las fuerzas vivas y algunos primos lejanos de provincias. Su fiel María la saluda discretamente con la cabeza. Ahora, Marguerite Delorme es la viuda del notario. Junto a ella, enfundado en un traje negro, mordiéndose el labio inferior para controlar sus emociones, Frédéric la sujeta por el codo. Su nuera, Carole, ha posado la mano sobre el hombro de su hijo Ludovic. Hace un momento, en la iglesia, el niño ha dicho unas palabras sobre este abuelo con el que hablaba poco, pero al que le unía una pasión compartida por el tenis. El niño había leído el papel temblando y se había sentado de nuevo junto a su abuela, que le había acariciado la mejilla. Carole, conmovida, había apartado la vista.

Los sepultureros bajan el féretro lentamente al suelo excavado, usando gruesas sogas marineras. Ella cierra



los ojos y aprieta la mano de Ludovic. Su hijo le sigue apretando el codo, casi más fuerte que hace un rato. Cuando las cuerdas vuelven a subir, Marguerite tiene la sensación de que ha dejado atrás lo más difícil.

La gente desfila: la señora Fulánez saluda aparatosamente, el señor Mengánez le comenta algo. ¿Cómo se supone que tiene que reaccionar? Acepta educadamente la oleada de pésames.

—Ochenta años es una larga vida.

—Su trayectoria ha sido ejemplar.

—Valor, querida amiga.

Personas extrañas le estrechan la mano en silencio, y tardan un buen rato en devolvérsela. ¿Quién será el siguiente? Se pregunta si alguien se equivocará y la felicitará sinceramente.

Luego llegarán las pastas y los cafés. La víspera, visualizó el desarrollo de la ceremonia y ahora está aquí, en carne y hueso. La noche de insomnio y el calor insólito en este mes de septiembre la llenan de confusión.

Responde una y otra vez:

—No se preocupe, todo irá bien.

Como si tuviera que consolarlos a ellos. Y porque no puede esperar nada más. No cree que se vayan a reunir en el más allá. Hubo un tiempo de Henri y Maguy. Ahora solo queda Maguy.

Se ha negado a celebrar la recepción en el salón municipal, junto a la iglesia. Prefiere las habitaciones de su

casa acomodada, rodeada de sus muebles y sus cacharros. Una referencia en medio de un mundo sobre el que ha perdido el control. La mirada de los demás la redefine. Ahora vive en tonos sepia. Voces apagadas se mezclan en su cabeza: «Tendría que llorar», «Siéntate», «Tome algo», «¿Quieres un té, una aspirina, un calmante?».

Repite las únicas palabras que tiene a su disposición.

—No se preocupe, todo irá bien.

En el umbral, Frédéric la besa en la frente, como siempre vio hacer a su padre. Ludovic se abraza a su falda y murmura:

—Te quiero, abuela.

Ya se han ido todos y su salón le parece inmenso. Todo irá bien. Va a doblar el cabo de Buena Esperanza, cruzar el Atlántico y, si le quedan fuerzas, subir al Everest. Sin duda, Henri habría pensado que se habían quedado cortos con los canapés de queso.

Tropezaba, se apoya en el taquillón, se cae el jarrón con los claveles. Mira los trozos de cristal, el agua que empapa la alfombra y la agonía de las flores le llena los ojos de lágrimas. Henri siempre se ocupaba de cerrar la puerta. Con llave. «Toda prudencia es poca», decía. Se quita los zapatos, la chaqueta del traje de viuda y se deja caer en el sofá de terciopelo, desamparada. Echa de menos a Hélène. Su hermana la habría abrazado y habría acunado su pena. ¿Qué habría pen-

sado de las tres sonatas de Chopin durante el funeral? «Hubiéramos tenido que poner algo de *rock* para que se movieran un poco.» Su hermosa Hélène nunca está demasiado lejos.

Enciende maquinalmente la televisión, siempre emitiendo los mismos concursos con risas y chillidos de los ganadores. «Patético y ridículo», habría comentado su marido. Mira el sillón vacío. Henri siempre se sentaba allí. Dejaba el whisky escocés encima de la mesa y pasaba de un debate político a un programa de economía. Ella se sumergía en un libro. Sin dar voces, pero sin una mirada, sin palabras de amor. Un hombre y una mujer, dos cuerpos y dos almas. Él, tieso como una escritura notarial. Ella, temblando como la llama de una vela que, sin embargo, no se apaga. Ahora ha heredado el mando a distancia, pero no controla los botones. En la pantalla, un documental japonés sobre la pesca del atún.

Cuando volvía de la notaría, Henri abría silenciosamente la puerta de la casa, colgaba el abrigo y el sombrero en el vestíbulo, sin señalar su presencia, desaparecía en su despacho y no salía hasta que ella anunciaba: «La cena está servida».

El primer día de su vida en común había dictado sus normas: Marguerite era demasiado largo, demasiado floral, y Maguy quedaba mejor con Henri. Su

nombre de pila no se volvió a pronunciar, salvo en raras ocasiones y jamás en presencia de su marido. No trabajaría. Única concesión: ayudar en la biblioteca municipal dos veces por semana. Siempre llevaría vestido y se peinaría con moño, como la primera vez que la vio. No tendrían mascotas. Un solo hijo, preferiblemente varón. Y en un tono que no permitía discusión, concluyó: «Sería deseable que nos siguiéramos llamando de usted».

Felizmente, llegó Frédéric. Cuando nació su hijo, Henri había impuesto el nombre de su compositor favorito y, poco antes de cumplir los seis años, lo matriculó en el internado Saint-Roch. Marguerite había llorado mucho, pero se consoló imaginándose a su hijo único más feliz junto a compañeros de su edad. Se alegraba de reencontrarse con él los fines de semana y organizaba meriendas campestres y salidas para montar en poni, intentando que el sábado y el domingo se convirtieran en días memorables. Pasaba el resto de los días junto a Henri. Cada día, su marido compraba *Le Monde* y comentaba las fluctuaciones de los mercados bursátiles entre la sopa y el postre de la cena. Marguerite escuchaba su charloteo con educación, asintiendo de vez en cuando con la cabeza. Y el primer jueves de cada mes, María limpiaba la plata: Henri y Maguy Delorme recibían.

En los primeros años de su matrimonio, Henri se metía en la bañera con espuma hasta el borde. Podía quedarse allí media hora, con los ojos cerrados, el torso asomando entre la espuma y canturreando con una voz casi agradable. No lo hacía en ningún otro sitio. A pocos metros de la puerta entreabierta, ella esperaba una invitación a entrar. Un día, se atrevió: «Me gusta mucho oírle cantar en la bañera». Desde entonces, echaba el cerrojo. Ella pegaba la oreja a la puerta para seguir escuchando, acechando el torbellino de las posibilidades ignoradas.

Eran una pareja educada, sin sorpresas ni peleas. Solo se permitían algunos gestos: fruncimiento de cejas o mueca de desaprobación. Paciente y discreta, sin mostrar sus estados de ánimo, se había acostumbrado al carácter de su marido. No había conocido a otros hombres y, a falta de consignas maternas sobre la forma de hacerle feliz, su existencia se consumía sin necesidad de manual. Sus noches eran tan dignas e impecables como sus días. Sin embargo, ella estaba convencida de que este hombre recto y púdico la amaba a su manera.

Inmóvil, con su bata de franela y sus zapatillas de terciopelo, frente a un pescador japonés que muestra orgulloso el atún que acaba de arponear, Marguerite murmura:

—Tengo setenta y ocho años, ¿qué voy a hacer con mi vida?

Marcel Guedj sale del cine y echa un último vistazo al cartel de la película *El gusto*. No tiene ganas de bajar las escaleras del metro, y mucho menos de volver a casa. Con las manos en los bolsillos, se pasea por los bulevares. Hacía meses que no ponía los pies en una sala oscura, y estos hombres separados desde hace cincuenta años y reunidos de nuevo para volver a tocar música *chaabi* y recordar su juventud le han conmovido, así que sigue deambulando sin rumbo por las calles de París y recordando aquel día de noviembre de 1954 en que abandonó su país.

Su padre lo había visto venir. Los independentistas habían saqueado su explotación agrícola y las cosas no volverían a ser iguales. Tenían que huir antes de que todo empeorase y el cielo se oscureciese para siempre. La familia dejaba atrás una casa cerca del río y las tumbas de los antepasados. Marcel abandonaba a su profesora, a sus compañeros de clase, el campo de fútbol. Le habían ascendido a delantero centro y la semana

siguiente jugaría en su nuevo puesto. Habían dejado al perro Oscar con una vecina, que había jurado que lo cuidaría y se lo devolvería cuando volvieran. Nadie se lo creía, aunque todos intentaban aparentar que sí.

Un primo hermano que vivía en la metrópoli le había enviado una carta, que el padre había leído a sus hijos con orgullo.

*Querido André:*

*Estaremos encantados de recibirlos a ti, a tu mujer y al pequeño Marcel, que debe de haber crecido mucho. Os he encontrado piso, no está muy lejos de tu futuro trabajo. Sí, has leído bien, te he encontrado una plaza de jardinero en el Ayuntamiento de Vincennes, así que estarás cerca de la tierra que tanto amas. No es mucho, pero, como sueles decir, algún día cambiará el viento. Tengo otra noticia: he encontrado otro piso para tus amigos y su hija Nora, si van a venir con vosotros. Cuando volví a Francia hace diez años y vi grabadas en piedra, en la puerta del ayuntamiento, las palabras «Libertad – Igualdad – Fraternidad», me dije: «No sigas buscando, has llegado al lugar adecuado». Olga está tan contenta como yo de recibirlos. Llámame cuando llegues a Marsella para decirme la hora de tu tren. Tienes que bajarte en la estación de París-Gare de Lyon y nosotros estaremos allí para recibirlos. Feliz travesía. Un abrazo,*

*Tu primo Maurice.*

Robert, el hijo mayor, mecánico de diecinueve años, quería seguir creyendo en una Argelia francesa y había decidido quedarse a cualquier precio. Marcel no había querido abrazarle, había preferido marcharse sin mirar atrás. Dos hermanos zarandeados sin piedad por los acontecimientos.

Habían empaquetado sus cosas a toda prisa, guardado el servicio de té y la olla a presión, apartado los colchones. Los muebles viajarían más tarde. Se habían marchado de noche, dejando ropa tendida para que pensaran que seguían allí. Y por lo demás, *in sha al-lah*.

Sus vecinos, los Ben Soussan, también se habían puesto en camino con su hija Nora. La misma decisión de escapar de la violencia y de protegerse de una situación inquietante. Esta perspectiva aliviaba un poco el corazón herido de Marcel: Nora formaba parte del viaje. Toda la vida la había llevado a la cima de las colinas para intercambiar juramentos ligeros como el viento y mostrarle los caminos sinuosos entre la Osa Mayor y la Cabellera de Berenice. Una infancia bendecida por los dioses.

En el andén número tres nadie habría pensado en un éxodo. Los turistas desembarcaban, el vendedor de naranjas seguía allí, la vida pasaba como si la oleada de atentados de comienzos del mes de mayo nunca



hubiera tenido lugar. Solo algunas casas destruidas presagiaban el futuro. André había tomado una decisión y se atendería a ella. En la primera página de *L'Écho d'Alger* se podía leer: «Marcharse a tiempo». Marcel miraba a su padre como si fuera un héroe. Tenía confianza absoluta en él y le habría seguido al fin del mundo sin hacer preguntas.

A las dieciocho treinta, aquel 29 de noviembre de 1954, el *Sidi Mabrouk* salió del puerto de Argel. Tardaría doce horas en llegar a Marsella. Los pañuelos se agitaban como minúsculos adioses que separarían existencias. Los pasajeros se aferraban a las barandillas con la cara convulsa, conscientes de que no volverían a aquella tierra en la que habían vivido sus cinco generaciones anteriores. Con un nudo en el estómago, miraban atónitos cómo las montañas desaparecían tras las líneas de casas blancas de El Bahdja, la radiante, y cómo su país se iba desvaneciendo. La desesperación por abandonarlo todo y el miedo a lo desconocido se podían leer en sus ojos. El muchacho veía llorar a su padre por primera vez. Los hombres vuelven a ser niños cuando abandonan su patria.

Marcel contemplaba la vía láctea. Ningún cielo se parecería a este. A los doce años, estaba convencido de que estas estrellas eran únicas y nunca más las volvería a ver. Para él, en ese instante, solo contaba una cosa: la mano de Nora en la suya. Dos niños atravesaban un mar inmenso hacia un país del que no sabían nada.

Les habían dicho: «Nos vamos a Vincennes, cerca de París, la capital de Francia. Iremos a ver la torre Eiffel, un andamio construido con barras de hierro».

Los padres de Marcel se habían dormido por fin entre tres maletas de cartón y dos bolsos de arpillera. Un poco más allá, al otro lado de la cubierta, se escuchaba un antiguo canto popular. Un acordeón, un banjo, un tamboril, como unos caballos negros al galope, luego el lento y triste trémolo de la flauta, que ascendía como un alma perdida en la niebla, mezclándose con las voces de hombres y mujeres. La música *chaabi* se aferraba a sus tripas, hacía que les diera vueltas la cabeza como en la fiesta del pueblo. Judíos, musulmanes, cristianos, franceses, argelinos, todos unidos. Marcel había cerrado los ojos. Acunado por la melodía, ya no tenía miedo, y se prometió que la vida sería bella en la pequeña ciudad de Vincennes, porque Nora formaba parte del viaje.

Se aleja de los Grandes Bulevares. Le sienta bien caminar, quiere volver a vivir los movimientos de la cámara que le llevan hacia delante y hacia atrás.

Apretados unos contra otros, rodeados de sus pertrechos, como si fueran un clan de emigrantes, los Guedj y los Ben Soussan formaban un grupo heteróclito de-

lante de la estación. Muros sucios hasta perderse de vista, fachadas estrechas, un geranio anémico olvidado en un alféizar, el cielo uniforme, la lluvia sucia. ¿Era eso la capital de Francia?

Se habían instalado en Vincennes, en el piso provisional que les había buscado el primo Maurice. Hacía muchísimo frío aquel primer invierno, y solo había una estufa de carbón, en la cocina. También servía para calentar el agua de las abluciones nocturnas, porque por la mañana se usaba agua helada. Marcel ya no pertenecía a Argelia, pero no se había integrado en la metrópoli. El patio de recreo de hormigón sustituyó al suelo de tierra, los castaños, los naranjos, y la lluvia no dejaba ver el sol. Felizmente, Nora estaba en el mismo colegio que él. Las dos familias se reunían para compartir las albóndigas bien aderezadas, el ritual del té con hierbabuena (plantada a escondidas en un rincón del parque municipal) y la música *chaabi* de virtudes terapéuticas. Sus dos padres tocarían y cantarían hasta el fin de sus días. Marcel y Nora se inventaban colinas en el bosque de Vincennes e intentaban domesticar su nuevo universo jugando al escondite por las callejas del barrio. Ya no subían a lomos de mula, ya no cazaban lagartijas entre las rocas y descubrían la barra de pan y el salchichón. Se convertían en urbanitas.

Estaba a punto de cumplir los quince años cuando la noticia cayó como una bomba. Peor que una tormenta

de arena. Nora no había ido a clase aquel día. Cuando volvió a casa, su padre le esperaba en el umbral. Simplemente le dijo: «Han internado de urgencia a la abuela de Nora. Sus padres no tenían elección, así que se han vuelto al pueblo».

Para Marcel la vida se estaba convirtiendo en una sucesión de partidas y llegadas. Sin ella, Vincennes había dejado de tener interés y echaba de menos Argelia más que nunca. En sus noches de insomnio, le obsesionaba constantemente una pregunta: ¿Por qué no se ha despedido de mí? Ese silencio le carcomía el corazón. ¿Y por qué no la había besado nunca?

Una vez más, la vida cotidiana se impuso. Bajo el árbol de Navidad le esperaba una gran caja con un telescopio y, cada noche, observando las estrellas en el cielo de Vincennes, se decía que quizá ella las miraría también desde allí.

Sus padres le habían apuntado en una escuela profesional, en la que había aprobado el bachillerato. Todos sus compañeros de clase habían elegido un oficio, mientras él se perdía en sueños imposibles y chocaba contra las paredes de la vida. Había trabajado un mes en un taller para intentar acercarse a su hermano, pero detestaba el olor a grasa. «¿Qué vamos a hacer contigo?», le preguntaba su padre. Durante las vacaciones, había encontrado un trabajillo para estudiantes en el zoológico de Vincennes. Los animales en el exilio le habían fascinado en el acto y se había presentado como candidato para la plaza de cuidador que se iba a quedar libre. Sus compañeros de trabajo, sin his-

torias ni fantasías, fueron sustituidos por unas amistades insólitas. Conocía cada escama de la pitón de la jaula número treinta y siete, ante la que pasaba cada mañana, la tortuga de agua con la venda en la pata y el tigre de Bengala con sus bigotes, que apuntaban hacia arriba como si se riese. Y se sumergía asombrado en esta jungla en medio de la ciudad, donde reinaba un olor a serrín y cagadas de ratón, buscando la *rara avis* que nadie había visto hasta entonces. Y estaba como en su casa en ese pequeño paraíso.

Siete años transcurrieron entre la suave elegancia de las jirafas y la alegría de los monos. Un día, mezclada con los giros postales y la publicidad de unos nuevos grandes almacenes, llegó una postal procedente de Mouzaia, en Argelia: «Vuelvo. Echo de menos Vincennes, y no solo Vincennes. Nora».